

Una historia de violencia, Dirección: David Cronenberg; 2005; 96 min. Con Viggo Mortensen (Tom Stall), Maria Bello (Edie Stall), Ed Harris (Carl Fogarty), William Hurt (Richie Cusack), Ashton Holmes (Jack Stall), Stephen McHattie (Leland Jones), Heidi Hayes (Sarah Stall), Greg Bryk (William "Billy" Orser), Peter McNeill (Sheriff Sam Carney); guión: Josh Olson; basado en la novela gráfica de John Wagner y Vince Locke; música: Howard Shore; fotografía: Peter Suschitzky; montaje: Ronald Sanders; vestuario: Denise Cronenberg; estreno en España: 21 Octubre 2005.

Advertencia: en las siguientes líneas se va a destripar el argumento de esta película. Si no la ha visto y quiere verla, no siga leyendo.

La última película de David Cronenberg está basada en el cómic homónimo de J. Wagner y V. Locke. En los últimos años se ha ido extendiendo la denominación “novela gráfica” para todo tipo de cómics para adultos. Es cierto que, con la llegada al género de Alan Moore, Frank Miller y otros, éste ha adquirido una nueva dimensión. Al tratamiento de otros temas, se unió una densidad narrativa y una capacidad inventiva que permitió a quien comprase estos cómics no ser automáticamente calificado como un nuevo caso del síndrome de Peter Pan. En cualquier caso, no me parece apropiado aplicar el adjetivo “novela gráfica” a cualquier cómic para adultos, pues tiende a igualar el nivel en el que se mueven genios como los mencionados, con otras producciones mucho más mediocres. Resulta comprensible que, en medio de la pertinaz sequía de ideas que sufre Hollywood, una serie de avispidos productores haya creído encontrar en estas novelas gráficas un filón para conseguir beneficios. Los productos surgidos a raíz de este encuentro tienen una calidad muy variable. El increíble *From Hell*, auténtico “ensayo gráfico” sobre el siglo XIX, con un aparato crítico que para sí quisieran muchos estudios pretendidamente serios, acabó convertido en una patética película con el mismo título. Quizás por eso, Robert Rodríguez buscó otra cosa a la hora de dar vida a los personajes de *Sin City*, la ya mítica serie de Frank Miller. *Sin City*, la película, resulta a veces cargante y a veces apasionante, pero, desde luego, es algo más que otra buena historia domesticada por Hollywood.

El caso que nos ocupa pertenece a otro modelo de aproximación. Cronenberg no ha pretendido ni hacer una película más de una novela gráfica que no es una más, ni limitarse a vivificar los personajes que en ella viven. Su planteamiento intenta recrear, repensar la historia de Wagner y Locke y el intento resulta notable. La historia de violencia que cuenta el cómic original es la historia de violencia de Joey Cusack, un chico envuelto en un torbellino de violencia familiar en medio del cual logra desarrollar una suerte de conciencia moral. Cuando su hermano Richie está a punto de matar a sangre fría a un hombre desarmado, Joey comprenderá que, si quiere estar a gusto consigo mismo tendrá que abandonar definitivamente el mundo en el que se mueve y buscarse la vida como un honrado ciudadano. De este modo, en el cómic, vemos a Tom Stall/Joey Cusack, colaborar con la policía para salvar su feliz mundo familiar y desenmascarar a quien le envió al malvado Fogarty. Al final, como recompensa por su colaboración, la policía le salvará a él mismo la vida y ayudará, por última vez a su hermano.

La historia de violencia de Cronenberg es de otra naturaleza. Ya no es la historia vital de Joey Cusack, sino una historia, como otra cualquiera, que nos permite entender cómo funciona la violencia. Y es *una* historia de violencia porque, desde el principio, se nos deja claro que hay otros tipos de violencia. Hay, por ejemplo, la violencia de esa chica, ex-novia del cocinero, que le clavó un tenedor en el hombro una noche mientras soñaba y hay también la violencia de los psicópatas con los que se inicia la película, que asesinan casi por tedio. Joey Cusack aparece entonces no como alguien atrapado en un torbellino que le domina, sino como el motor del mismo, como alguien que lo alienta y lo genera a su alrededor. De él se nos dice que mataba por dinero y/o placer, que es una máquina de matar, que estaba “loco”, hasta el punto de entrar en la casa de un importante capo, Carl Fogarty, y saltarle un ojo con un alambre de espino sin una motivación lo suficientemente especial como para que alguien la recuerde. El Cusack de Cronenberg, no tiene conciencia moral, no ha despertado bruscamente a ninguna visión especial de su entorno, incluso bajo la amable apariencia de Tom Stall, se niega a colaborar con la policía. Huyendo de la quema, se refugió en el desierto durante tres años hasta que la costumbre de acostarse temprano, lo acabó convirtiendo en el bueno de Tom. Que acostarse temprano cambia a la gente lo dejaba ya claro el personaje de Robert de Niro al comienzo de *Érase una vez en América*.

Cómo se produjo el salto del loco Joey al bueno de Tom es algo que Cronenberg no nos aclara en principio pero que nos anuncia que, detrás de ese brusco cambio, hay

algo aún más oscuro, aún más amenazante. Cuando su mujer le pregunta por qué eligió precisamente el nombre de Tom Stall, la respuesta de su marido deja entrever la oscuridad de ese oscuro tránsito: “porque estaba disponible”. Probablemente, se nos insinúa, Joey Cusack comenzó a convertirse en Tom Stall, el día en que lo mató. Pero lo peor es que ese asesinato se puede entender en otro sentido. Físicamente, Joey Cusack mató a Tom Stall, pero, de alguna manera, fue Tom Stall quien mató a Joey Cusack. Y aquí hay que darle la razón a David Cronenberg. Aunque formalmente la película tiene poco que ver con sus títulos anteriores (*La mosca*, *M Butterfly*, *Inseparables*, *Spider*), temáticamente, seguimos en la obsesión de Cronenberg por la dualidad intrínseca al ser humano. En realidad, *Una historia de violencia* se puede ver como el desarrollo lógico de *Spider*. Si allí la dualidad venía encarnada por la mezcla de alucinación y realidad de una mente esquizofrénica, aquí la dualidad es la mezcla de pasado y presente de una mente sana. ¿Hasta qué punto somos quienes éramos hace diez años? ¿qué nos separa y qué no une a ese pasado? ¿qué responsabilidad tenemos con los actos de aquel que fuimos? Al fin y al cabo, en las modernas sociedades occidentales, estamos inevitablemente fracturados en una larga serie de roles en los que somos, alternativamente, opresores y oprimidos, controladores y controlados, honrados padres de familia y jugadores de ventaja. Y estas fracturas están solapadas con los tiempos que recorren nuestras vidas, el tiempo de trabajo y de ocio, de disfrute personal y de disfrute familiar.

En el caso de *Una historia de violencia*, la dualidad pasado/presente, carácter íntegro/carácter violento, parece perfectamente solapable con otra bien conocida por los filósofos, la dualidad naturaleza/cultura. De este modo, un sorprendido Tom Stall, descubrirá que su hijo aunque criado por él, al fin y al cabo, lleva los genes de la familia Cusack y una vez huele a sangre, es incapaz de dejar de pegarle al chulito del instituto, hasta mandarlo al hospital. Además, no se desaprovecha esta ocasión para mostrarnos lo resbaladizo de nuestras categorías políticamente correctas. ¿Por qué consideramos “bueno” matar a dos psicópatas en defensa de los demás y “malo” estar a punto de matar un gamberrillo en defensa propia? Una vez la violencia ha sido puesta en marcha ¿dónde termina su legitimidad? Aún peor ¿cómo terminar con ella?

La respuesta de la película, que no de la novela gráfica original, es desasosegante. La respuesta lleva a Tom Stall desde la campestre Indiana hasta su Philadelphia natal, en una especie de viaje iniciático a la inversa. Porque, de este viaje, Tom no volverá ni más sabio, ni más limpio, ni siquiera más unitario. En realidad, es un

viaje iniciático para nosotros, para los pobres espectadores que no saben lo que les espera. Mejor dicho, no saben quién les espera. Al final del camino, quien aguarda no es otro que Rickie Cusack, el hermano de Joey, convertido en un tipo importante e interpretado por William Hurt.

Hago aquí un inciso para decir que Hurt era uno de los actores que yo más detestaba. No acababa de entender cómo se le podían ofrecer papeles tan jugosos de un modo sistemático, hasta que escuché su voz original. Hurt posee una de las voces más extraordinarias del actual *star system* de Hollywood.

Rickie, que vive en una lujosa zona de la ciudad y posee una impresionante mansión, recibe a su hermano de un modo que no puede dejar de resultarnos incómodo: “de modo que te tragaste el sueño americano hasta el fondo”. Pero este recibimiento es sólo el principio. Rickie confiesa a su hermano que trató de estrangularlo en la cuna y termina su confesión con un “supongo que todos los niños lo hacen”. Lo terrible, lo verdaderamente terrible de esta historia, es que, lo que en boca de Rickie y en grado de tentativa, sirve para dejarnos claro que está como una regadera, cuando sea Joey quien, efectivamente, mate a su hermano sin mayor compasión, será lo que nos haga considerar que ha sanado un mal, aún más, será lo que, definitivamente, convierta a Joey en un buen ciudadano llamado Tom Stall. Todavía peor, será el asesinato de media docena de personas, incluido su propio hermano, lo que le permita a Tom Stall volver a ser aceptado en el seno de su familia. Los muertos en el armario, las manos manchadas de sangre, parece decirnos la película, es lo que permite seguir viviendo en el sueño americano y perpetúa una feliz vida de anuncio de detergente.

De este modo *Una historia de violencia* se convierte en un magnífico retrato de cómo funciona la violencia, cómo se desata y cuáles son sus consecuencias, aunque sigamos sin saber qué demonios es.

Manuel Luna Alcoba